



Serie conmemorativa de los Juegos Mediterráneos

No lancen las campanas al vuelo los filatélicos y deportistas, solamente es una idea, que no dudo sería bien recibida en España y fuera de ella en caso de que felizmente germinara.

Hemos tenido innumerables ocasiones de conmemorar torneos o gestas en las que nuestros deportistas se cubrieron de gloria con resonancia internacional. ¿No es nada ser por dos veces Campeones Mundiales en Hockey sobre patines y saber también el galardón mundial lo que es descansar sobre españoles en golf, en billar, en tiro, en hípica, en fin... para qué seguir?

Una serie conmemorando los II Juegos Mediterráneos, con precios asequibles a todos los bolsillos y que su tirada fuera tal, que no hubiera medio de especular con ella, sería obra positiva en todos los sentidos. En primer lugar, todos los filatélicos y deportistas, que somos muchos miles, a más de pagar, se lo agradeceríamos y el nombre de España se proyectaría en el exterior, al igual que lo hacen muchos países que cuidan sus emisiones con esmero, pues en nuestra Patria no hay secretos para lograr una emisión con todas las garantías del éxito.

Una sugerencia que quizás no sería tomada a mal. Cada valor podría llevar una pequeña sobretasa y ésta, destinarla a sufragar los gastos ocasionados por la celebración de estos magnos Juegos o bien para incrementar la participación española en la próxima Olimpiada de Melbourne.

Ahora, solo falta que todas las federaciones deportivas, clubs filatélicos y revistas especializadas expongan su opinión y la hagan llegar hasta donde crean que pueda convertirse en realidad una de las emisiones más esperadas por todos los españoles.

Juan Cargol

Vayan por delante todos mis respetos, y hasta unos adarmes de simpatía, para aquellos de mis semejantes, llamémosles espíritus fuertes, que gustan de emplear sus ocios en las artes —malas artes, probablemente dirían, si hablar pudieran, las presuntas inocentes víctimas— que la cinegética compendia y avalora.

Contemporánea de la aparición del hombre sobre la tierra es —se nos dice y hemos de creerlo— la afición, que es obsesión a veces, a la caza sistemática de otros seres vivos que él, el hombre, en su innata soberbia, dió en llamar inferiores.. Universal entretenimiento fué siempre este de reyes y magnates, de mayorazgos y otras personas de relieve que, a través de los siglos, ha venido gozando de gran predicamento, llegando a alcanzar en ocasiones rango poco menos que de importantísima función de Estado.

No soy enemigo —ya lo he dicho— de ese tan generalizado deporte para cuyo normal ejercicio el más bonachón y comedido de los hombres véase obligado a requerir la decisiva ayuda de la escopeta y la bien provista canana. Nada de eso, pues no tengo inconveniente alguno en confesar aquí que, como mero espectáculo, por lo que pueda tener, tiene indudablemente, de estética, me gusta contemplar, aunque las más de las veces haya tenido que ser en pantalla cinematográfica, el cuadro, lleno de colorido y gracia, de los preliminares de una cacería, de una montería para decirlo en términos aún más adecuados a la particular visión que de tal actividad tengo seleccionada de entre las muchas que, a la silenciosa llegada del otoño, la estación de más calidad aristocrática del año, ofrecen a nuestra observación y comentario.

Del atuendo, pues, de la «mise en scène» —y ahora recuerdo que alga muy parecido pásame también con las corridas de toros —nada tengo que decir en contra, más bien me gusta. Son las «suertes» —desgracias, dirán con más propiedad los animales que de ellas son el inmediato objetivo— las que ya consiguen ponerme un poco más en desasosiego.

En algunas ocasiones, contadas por eso, hasta he llegado a acompañar al monte a

DE CINEGETICA

un grupo de amigos más o menos buenos cazadores; pero también es cierto que en tales coyunturas yo tan sólo supe actuar de mero espectador, jamás llegué a alcanzar la categoría de actor. Se ve que para esto último faltan condiciones, sobrándome tal vez, lastre de fibra sentimental.

Pude observar que ellos, los cazadores, naturalmente iban todos muy bien pertrechados para la «faena», y algunos, los más bisoños, hasta con cierto empaque tartarinesco. Yo, en cambio, por toda impedimenta personal sólo era portador de mi cayada de fresno, mi apoyo y compañía en mis frecuentes correrías campestres, y del indispensable libro en el bolsillo, mi apoyo y compañía también en otro orden de cosas, dos «herramientas» completamente inocuas para la principal finalidad que de la montaraz salida esperaban obtener los aguerridos miembros del armado pelotón, exultantes todos de un sano optimismo... par lo memos en el momento de la partida.

Llego a concebir, y hasta a justificar, la caza sin cuartel de la alimaña, de la bestia dañina: el lobo, el zorro, el jabalí, el gato montés y otros parecidos congéneres suyos doctos todos en malicia y bien contrastado instinto de fiereza y destrucción. Cuéstame ya bastante más admitir como necesario el sistemático exterminio de que se hace objeto a los pacíficos y graciosillos lepóridos, y me ha apenado siempre la persecución a muerte de aves y pájaros a no ser que se trate de las especies llamadas de rapiña. Las magistrales descripciones contenidas en «La Parada», de nuestro gran estilista Ruyra todo y su innegable caudal de auténtica belleza, siempre produjéronme escalofríos.

Por eso es que cuando, al llegar este tiempo otoñal, veo esa abundancia de caza,—esos racimos de tordos, de perdices, de becasas, etc., que, como en una tela de «naturalidad muerta», suelen colgar de los escaparates de las tiendas dedicadas a éste, un tanto bárbaro, comercio, puedo asegurar que no se me ocurre la menor imagen ni el más infimo deseo que con las delicias de la gula pueda tener relación, sino que más bien al contemplar aquellos pobres despojos, aquellos

suaves y livianos cuerpecitos alados sin vida, fríos, que sólo unas horas antes tal vez aún surcaban, alegres y confiados, los claros aires montañeros, me invade algo así como un sentimiento de honda decepción sobre los grados de firmeza de la bondad humana, y acabo siempre no explicándome por mucho que mi sofisticada razón de hombre corriente se empeñe en buscarle atenuantes, los motivos, aceptables, que pudieron hacer necesario aquel evidente Estropicio que mis ojos están contemplando,

Sí, ya se: ocupar un rato de ocio, ejercitar la precisión del ojo, experimentar la pequeña vanidad de poder decir que uno ha cobrado tantas o cuantas piezas, o más simplemente aún, con la escopeta al hombro, la bien provista canana al cinto y en bandolera el zurrón, sentirse un poco héroe y otro poco caprichoso dueño y señor que a su antojo puede con unas cuantas bolitas negras y duras, parar para siempre el minúsculo corazoncito rojo, o quebrar las frágiles y ligeras alas de un pajarillo que, confiado, se solaza tranquilo en los espacios ilimitados y radiantes que son su reino indiscutible. He ahí expuestos los menguados objetivos que el hombre persigue al entregarse a tal deporte.

Con franqueza: puedo —ya lo dije al empezar— llegar hasta a admirar la estampa cinegética en lo que ésta pueda ofrecerme de emoción estética, pero al propio tiempo mi sensibilidad me hace desaprobar los bárbaros resultados prácticos de la hazaña. En una palabra —y dicho sea ello sin desdoro alguno para la santidad de un Huberto— yo me quedo, resueltamente, con el delicado, poético rocío que, como un velo de infinita caridad, irisa el gesto de sublime amparo y de auténtica hermandad que, para todo ser viviente, tuvo, en forma insuperada e insuperable, el «Poverello»,

Eduardo Bardas Planellas

ANTONIO MARTI
Antigua y Acreditada
«Casa Gareta»
La Casa de las Gabardinas y Trincheras
y de las Mantas lana de Mallorca directas de Fábrica.
Tejidos. Géneros Blancos. Géneros de Punto, Paraguas. Especialidad en Confecciones.
SAN FELIU DE GUIXOLS
Plaza España, 17